## La muerte de una figura de la generación del 27

El poeta Gerardo Diego, uno de los últimos representantes de la generación del 27, falleció en la intimidad familiar de su domicilio de Madrid el miércoles día 8. El autor de "Manual de espumas" fue enterrado ayer por la tarde en el cementerio de Pozuelo de Alarcón, en una ceremonia a la que, por expresa voluntad de la familia, sólo asistieron los más allegados. Amigos del poeta y personalidades del mundo de la cultura habían acudido durante la mañana a la capilla ardiente a testimoniar su último homenaje al escritor.

# El poeta Gerardo Diego fue enterrado ayer en el pueblo madrileño de Pozuelo de Alarcón

Madrid. (Lid-«La Vanguardia».) – Los restos del poeta Gerardo Diego descansan desde las tres de la tarde de ayer en el cementerio de la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón, donde recibieron cristiana sepultura en medio de un ambiente de respeto, serenidad y emoción contenida.

La comitiva fúnebre partió del domicilio del escritor, en la calle Covarrubias, a las dos y media de la tarde. Iban acompañando al féretro su viuda, Germaine Marin, de 77 años, sus seis hijos y los dieciocho nietos.

Leopoldo de Luis se refirió a la tertulia de la que el poeta formaba parte en el Café Gijón, dijo que "se inició en 1943, cuando se funda la revista 'Garcilaso'. Era una tertulia abierta, en la que podía participar todo el mundo, pero los habituales eran José García Nieto, Camilo José Cela, Víctor Ruiz Iriarte, Pedro de Lorenzo, Rafael García Sol y yo mismo. Pero era una tertulia siempre abierta y renovada".

Entre los que acudieron a la capilla ardiente estaban José García Nieto, que fue presentado a la Academia por Gerardo Diego, y Antonio Buero Vallejo, el último Cervantes.

Rafael Alberti, compañero y amigo de Diego, calificó por su parte al poeta santanderino de "agitador de la poesía". Alberti, que junto con Dámaso Alonso son los únicos supervivientes de la generación del 27, declaró que la literatura española le debe a Diego "un momento de invención muy grande, de innovación, de ruptura con las cosas viejas, y eso Gerardo lo representó muy bien".

Luis Rosales, que se confiesa discípulo del autor de "Imagen", "hombre que hablaba con su silencio", dijo tener una deuda contraída con él, "que mostró siempre una gran generosidad hacia la poesía ajena". Por su parte, el académico Rafael Lapesa subrayó que era "poeta hondo, lleno de espíritu elevador, que alzaba su vuelo a alturas de pureza inefable y avasalladora" y "encerraba en sus silencios tesoros de cordial generosidad, de rectitud y de nobleza".

### Ceremonia íntima

La viuda salió del domicilio vestida completamente de negro y con el semblante apenado pero muy sereno, ayudada por dos de sus hijos. Ella, sus seis hijos, dieciocho nietos, muchos fotógrafos, algunos amigos muy íntimos y ninguna representación oficial eran los únicos presentes en el cementerio de Pozuelo, donde tuvo lugar el entierro por expreso deseo del poeta. El ataúd tenía como único detalle un modesto crucifijo. El ambiente era de paz, de descanso final y de admiración y tristeza por el poeta que se ha ido.

El Consejo de Gobierno de Cantabria, reunido ayer, manifestó su profundo sentimiento por la muerte de Gerardo Diego. El presidente, Angel Díaz de Entresotos, manifestó que el poeta, "a pesar de haber estado ausente de su tierra mucho tiempo, mantuvo abiertos siempre vínculos de cariño con ella. Gerardo Diego era uno de los grandes poetas de España y su desaparición representa una gran pérdida". El próximo día 14 se celebrará en la catedral de Santander un solemne funeral por el poeta fallecido.

Con la muerte de Gerardo Diego, ocurrida a mediodía del miércoles, desaparece una de las máximas figuras de la generación del 27. El escritor santanderino, de 90 años, premio Cervantes en 1979 junto con Borges, tenía una salud precaria que le obligó a abandonar sus tareas poéticas y ensayísticas hace dos años. Diego deja una obra poética de vanguardia y una profunda obra ensayística.

La vida del autor de "El ciprés de Silos" se extinguió poco a poco. Padecía una fuerte bronquitis. El corazón del poeta dejó de latir a mediodía del miércoles, pero pasaron horas antes de que se confirmara públicamente la noticia.

Los Reyes de España enviaron desde Praga, donde se encontraban en visita oficial, un telegrama de pésame a la familia.

### Una vida para la poesía

Gerardo Diego nació el 3 de octubre de 1896 en Santander. Su vocación se inclinó antes, y de forma precoz, por la música. A los cinco años comenzó a estudiar solfeo. Esta sensibilidad no le abandonó nunca y se convirtió en una de sus preocupaciones poéticas junto con la de la palabra exacta.

A los 13 años realizó su primera composición poética, un soneto a Don Quijote que no llegó a terminar. Mucho le costó superar el fracaso al muchacho que estudiaba el bachillerato. No volvió a intentar la poesía hasta que estuvo a punto de finalizar su carrera de letras.

Comenzó sus estudios universitarios en Deusto (Bilbao), donde conoció a Juan Larrea, que fue "mi principal guía poética". Se examinó ante Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca antes de doctorarse en Madrid en 1917. Alrededor de esta fecha comenzó a aficionarse a las tertulias literarias. En 1918 comenzó su dedicación seria a la literatura. Dos años después consiguió la cátedra de lengua y literatura del instituto de Soria.

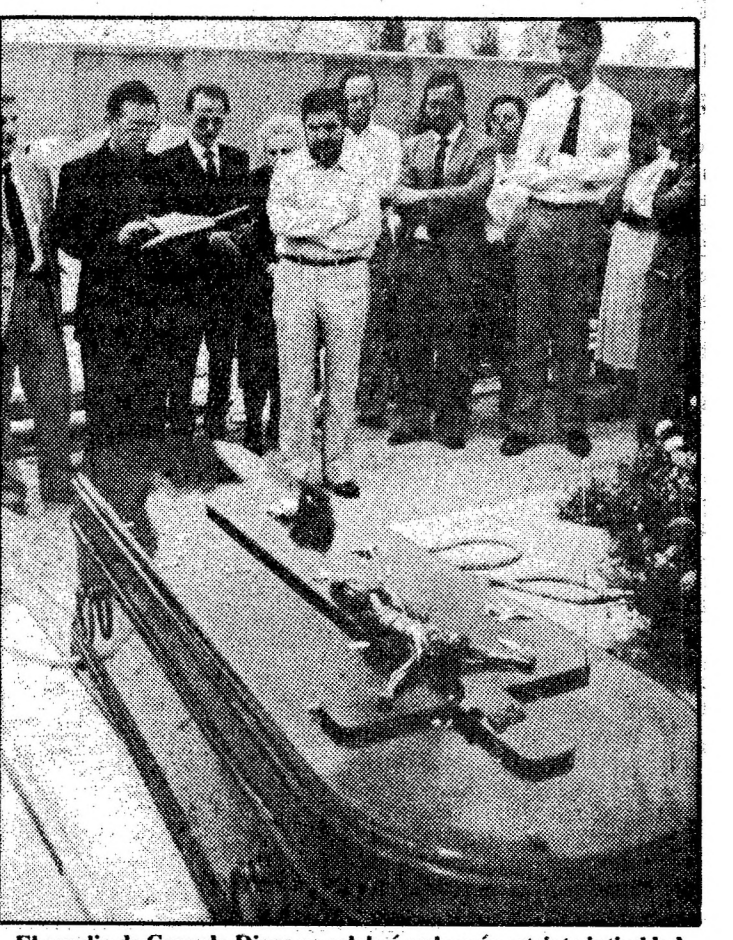
En 1925, Gerardo Diego recibió el Premio Nacional de Literatura por "Versos humanos". Compartió el galardón con Rafael Alberti ("Marinero en tierra"). Diego ha entrado ya en la órbita de la generación del 27 y precisamente será él quien desempeñe un importante papel al impulsar el centenario de Góngora. Aquel homenaje fue el primer "acto público" del grupo.

En 1934 se casó con la francesa Germaine Marin. Del matrimonio nacieron seis hijos. El poeta se vio sorprendido por la Guerra Civil en Francia. En 1937, cuando Franco ocupa Santander, regresa allí y se adhiere a "la causa nacional". Al terminar la contienda, en 1939, se convierte en catedrático del instituto madrileño Beatriz Galindo, donde ejerció hasta jubilarse en 1966.

La década de los cuarenta fue de gran fertilidad creativa. Diego fue elegido miembro de la Real Academia en 1947 y recibió por segunda vez el Premio Nacional de Literatura en 1956 por "Paisaje con figuras".

A lo largo de su trayectoria alternó una línea poética tradicional con las tentaciones de la vanguardia (creacionismo, ultraísmo). El escritor, que había dicho en una ocasión que "La poesía es una cosa que sólo tienen los anormales, los extraordinarios", opinaba también que "los poetas han de ser un ejemplo de pasión, de entusiasmo, de indignación, si hace falta; pero al mismo tiempo, de serenidad y altura de miras".

BELEN M. AYALA
CHARO NOGUEIRA



El sepelio de Gerardo Diego se celebró en la más estricta intimidad

## Sesenta años fecundos

"El romancero de la novia" (1920), primer libro de versos.
"Imagen" (1922).
"La sorpresa" (1923).
"Manual de espumas" (1924), narración fotográfica creacionista.
"Versos humanos" (1925), Premio Nacional de Literatura.
"Vía Crucis" (1931).
"Fábula de Equis y Zeda" (1931), creacionista.
"Poemas adrede" (1932).
"Versos divinos" (1938).
"Primera antología" (1940).
"Angeles de Compostela" (1940).
"Alondra de verdad" (1941).
"Soria" (1948).
"Hasta siempre" (1949).
"Limbo" (1951).
"La luna del desierto" (1949).
"Dos poemas, dos versos divinos" (1952).
"Biografía incompleta" (1953).
"Amazona" (1956).
"Preludio, aria y oda a Gabriel Faure" (1961).
"Paisaje con figuras, amor solo", premio Ciudad de Barcelona 1962.
"Mi Santander, mi cuna, mi palabra" (1962).
"Canciones a Violante" (1962), premio Juan March 1961.
"Tántalo", "Versiones poéticas", "Egloga de Antonio Bienvenida", "Glosa a Villamediana" (1962).
"Sonetos a Violante" (1963), premio Calderón de la Barca por "El cerezo".
"La suerte o la muerte" (1963).
"El cerezo y la palmera" (1964).
"El jándalo" (1964), premio de poesía Ciudad de Sevilla 1959.
"Poesía amorosa" (1965).
"Odas morales" (1966).
"Variación 2" (1967).
"El Cordobés dilucidado", "Vuelta del peregrino" (1967).
"La fundación del queser" (1970).
"Versos divinos" (1971).
"Cementerio civil" (1975).
"Antología de poemas" (1973).
"Un jándalo en Cádiz" (1974).
"Manuel Machado poeta" (1974)
"Poesía de creación" (1974).
"Carmen Jubilar" (1975).
"Lola" (1977), revista.
"Soria sucedida" (1977).
"Carmen" (1977), revista.
"Poemas mayores" (1980).
"La antología en honor de Góngora" (1980).

## *Un perfil, un talante, le llamaba Gairoal*

Un color le llamaba Juan, decía –hablando del pintor madrileño que inventó el cubismo– aquel Larrea que por entonces pensábamos fuese invención de su condiscípulo en Deusto, el montañés Gerardo Diego. Gerardo, que es nombre de pasiego, aunque la raíz germánica valga por el que gobierna la danza, el que es audaz con ella. Un poema, un talante, un perfil, esto es, le llamaba Gairoal, por acudir al étimo. Que para mí es el acabado retrato del más profesor de los poetas profesores que, inicialmente nutridos a los pechos de Juan Ramón, constituyeron la verdadera edad de plata de la lírica castellana, la hoy mal llamada Generación del 27: el montañés con perfil de caballo de ajedrez que, como para dar en cabeza al maestro Ortega y Gasset, anticipó con sus Cendoya materno el Rubín de Cendoya del Ortega de andar y ver. Gárgola rampante, en bien oreada y dura piedra, que sobre el alma de la muy aprendida y mejor practicada poética de los grandes siglos, sobre ese granítico cimiento, repito, lanzaba al aire, como nadie –y como ningún otro en lo informado– los volatines de las más alquitaradas vanguardias.

Tal era el Gerardo de nuestras mocedades. Creacionista cuando los otros seguían siendo ultraístas; amigo y valedor de Huidobro, de Vallejo, donde los demás bailaban al son del brujo, o gurú, Cansinos (si no se dejaban ganar por las novedades de segunda mano que dispensaba Guillermo de Torre); nutrido como ninguno en la gran poesía francesa, del simbolismo para acá, Cordière, Laforgue y Samain incluidos (más Rimbaud y Mallarmé, eso faltase). Oficiante, por otra parte, en la repesca del requintado Góngora –o del insuperado Lope de los sonetos (dicho sea con perdón de Quevedo) y de las rimas popularizantes–, cuando la moda era escudriñar en los cancioneros cortesanos. Todo ello en gracia a su finísimo oído de músico y –como embebido en la plástica–, al berensoniano culto de los valores táctiles y los contrastes tonales. Y por cima de tanta ciencia, tamaña sensibilidad y buena mano, la esgrimística finta, el garabato, la jocunda eutrapelia en chanza de los del grupo y de sí mismo: lo que fue su "Lola", suplemento de "Carmen", su otra revista de poesía, la seria y novedosa, primer esbozo de lo que había de ser "Poesía española, 1915-1931", su famosa y polémica antología.

Si la "Gaceta Literaria" de Giménez Caballero, multiplicando por nueve el panorama que nos abriera "Revista de Occidente", fue en nosotros el revulsivo para arrumbar nenúfares y chismes modernistas, o corazones y hieles decimonónicos, la acción del caballo Diego, el Gerardo de la danza, vino a abrirnos innúmeras ventanas, a adiestrarnos –su magistral digitación– en los más sabios juegos. El profesor y el funámbulo, el matemático –por músico– y el zumbón. Y ésta, a lo largo de su dilatada y diligente vida, ha sido la doble y fecunda aportación a nuestra lírica de ese hombre aparentemente seco, distante, pertrechado en su cortesía casi anglosajona. Pero chirriando por todas su rendijas el espíritu lúdico: que al cabo, no queda tan lejos de la montaña y sus gentes la isla de los maestros del humorismo y del juego. Viejo, y sorprendente, siempre joven y querido, "magister".

JUAN RAMON MASOLIVER

## *Poeta para mañana*

Siempre ha estado Diego entre los poetas grandes de su generación, la famosa del 27. A él mismo le cupo reunir la famosa antología que, en los años 32 y 34, expuso en escaparate autorizado las mejores muestras. Pero siempre ha andado discretamente rezagado, como si no fuera verdad que era, según ha dicho Dámaso Alonso, "uno entre los primeros poetas de lengua española de todos los tiempos". ¿Por qué?

Si se toma como baremo el poder imaginativo, la capacidad de moverse en una realidad autónoma, libremente referida al universo visible, poquísimos se le igualan, suponiendo que alguno llegue. Su poesía de experiencia o exploración, creacionista en su terminología, se extiende a lo largo de media docena de libros de primera calidad, desde "Imagen" (1922) a "Biografía incompleta" (1967). Acaso si sólo se hubiera reducido a ella el crédito en voz baja hubiera sido mayor, si menor la difusión.

Si el baremo es el tino verbal, incluso la felicidad en la rima, también estará entre los primerísimos. Sólo un par entre sus contemporáneos tienen sonetos tan perfectos y son muchos los lectores que se han sentido tocados por sus "versos humanos".

Lo mismo si se mira al norte–sur de la imaginación y la inteligencia que si al este–oeste de la sensibilidad y el amor –ésta era su brújula–, el resultado es elevado en aciertos. Si es gran poeta el que escribe grandes poemas, Gerardo Diego ha sido siempre un gran poeta. Si poeta auténtico es el que conmueve a lectores exigentes y solitarios, Diego ha sido poeta auténtico, leído de verdad y releído por otros poetas auténticos. Y como la poesía estaba y está en sus versos y no depende de la persona o su influencia, Gerardo –como todo el mundo le llamaba, con una extraña familiaridad distante– es poeta para mañana, es decir, para siempre.

El pasivo, la resta social, tiene más que ver con la sociología de la literatura que con la poesía. Gerardo Diego no encajaba en la figura convencional de gran poeta. Suele este aparecer como un ser solitario, sin mujer y por supuesto sin hijos. No es más que poeta y dispone de recursos económicos para ello, bien sea por fortuna personal o por ingresos en alguna actividad que no tenga nada que ver con la letra impresa. Eso le permite atender el consejo de Eliot y restringir la oferta para mantener elevada la cotización.

Gerardo Diego, en cambio, ha sido un padre de familia, con las obligaciones que esto comporta. La única vez que estuve en su casa –era en los años cincuenta– vi unos juguetes tirados en un rincón del pasillo y me pregunté si serían de hijo tardío o de nieto temprano. Los juguetes ahí estaban, enigmáticos como la misma cara del poeta, con sus cejas altas, su boca hermética y sus mejillas tímidamente sonrosadas.

Catedrático, sí, pero de instituto, sin el brillo internacional y el docto susurro que sólo levanta la Universidad. Jubilado hace más de veinte años, en 1966, le quedó una pensión "modesta y congelada". Viendo que sabía escribir, Diego escribía incansablemente. "Uno ha de vivir a fuerza de escribir rápido, urgentemente, para los periódicos o para la radio". No por eso se quejaba. Concurría a premios y los ganaba. Pero cuantos más premios ganaba y más libros publicaba, más cautelas y distancias adoptaban los administradores de la gloria. Músico sensible y pianista diestro, el académico –lo era desde 1947– daba conferencias sobre música y las ilustraba al piano. Pero cuantas más conferencias daba, menos aprovechaba a su fama de poeta su buen oído musical y su saber. No era ningún secreto que sabía de música y nadie revelaba algo tan obvio. Empresario de sí mismo, accesible a cualquiera en el madrileño Café Gijón, bien que callado, no disponía de coro adicto, ni de las ayudas que presta a la hora de circular una buena organización política o similar. No fue un poeta revolucionario, ni siquiera un hombre de izquierdas reconocido, y tampoco arrimó la gran ascua de la derecha a su sardina particular. "Mi rebeldía ha sido siempre más bien de tipo artístico", confesó.

Recuerdo una confidencia. Estaba Gerardo en su Santander, en lo alto de un puente, casi niño aún. Discurría por abajo una manifestación. Contaba la gente que pasaba bajo el puente, curioso observador. Y al día siguiente vería el reflejo en la prensa de lo que él había visto. Quedó asombrado. Nada que ver. Eso es la política, pensó asustado. Y con este susto se quedó.

También es verdad que escribía poesía cuando estaba inspirado, como el mirlo de uno de sus poemas, y cuando lo estaba a medias, pero se sentía curioso por ver qué iba a salir. Y que si podía lo publicaba todo. Todo tiene calidad, pero hay un purgatorio para los poetas que consiste en que la gente olvide la mayor parte de lo que han escrito. No porque no sea bueno, sino porque el nivel lo dan las cimas. Ahora se empezará a ver, sospecho, que poquísimos poetas están al nivel de los cien mejores poemas de Gerardo Diego. O quizá habrá que esperar. En uno de sus últimos artículos, sobre San Juan de la Cruz, el poeta, que era un crítico penetrante, recordaba que fue Menéndez y Pelayo quien "inventó" a San Juan de la Cruz y a Lope y los puso en el primerísimo puesto en que han quedado. Y que hasta la propia generación del 27 Góngora y Quevedo han tenido que esperar para ser íntegramente comprendidos.

Hombre sencillo y poeta con seguro y casi imperceptible sentido del humor, Gerardo Diego no se sorprendería de la espera. El ya les había encontrado gusto y temblor a sus poemas.

"Déjame pasar la mano por el lomo suavísimo de estos versos que escribo.

La eternidad así bajo mis dedos maullará tiernamente".

LORENZO GOMIS